

Pukaras Olvidados de la Sierra de Arica: 30 Años de Exploración Personal en la Precordillera de Arica y Parinacota

Fotografías y observaciones de algunos sitios defensivos prehispánicos en los valles interiores de la Región de Arica y Parinacota (siglos X-XV d.C.)

Renato Aguirre Bianchi
lautaro@yahoo.com

Publicado el 21 de enero de 2026

*Dedicado a las comunidades aymara de nuestra sierra y a los pioneros no profesionales de la arqueología de Arica y Parinacota, **Hans Nyemayer Fernández, Virgilio Schiappacasse, Percy Dahuelsberg Hahmann y Óscar Espouey Bonfiglio** (ingeniero hidráulico, médico radiólogo, químico farmacéutico e ingeniero electrónico respectivamente).*

Créditos: Fotografías originales del autor, captadas en exploraciones no invasivas, sin alteraciones ni excavaciones, entre los años 1990 y 2020.

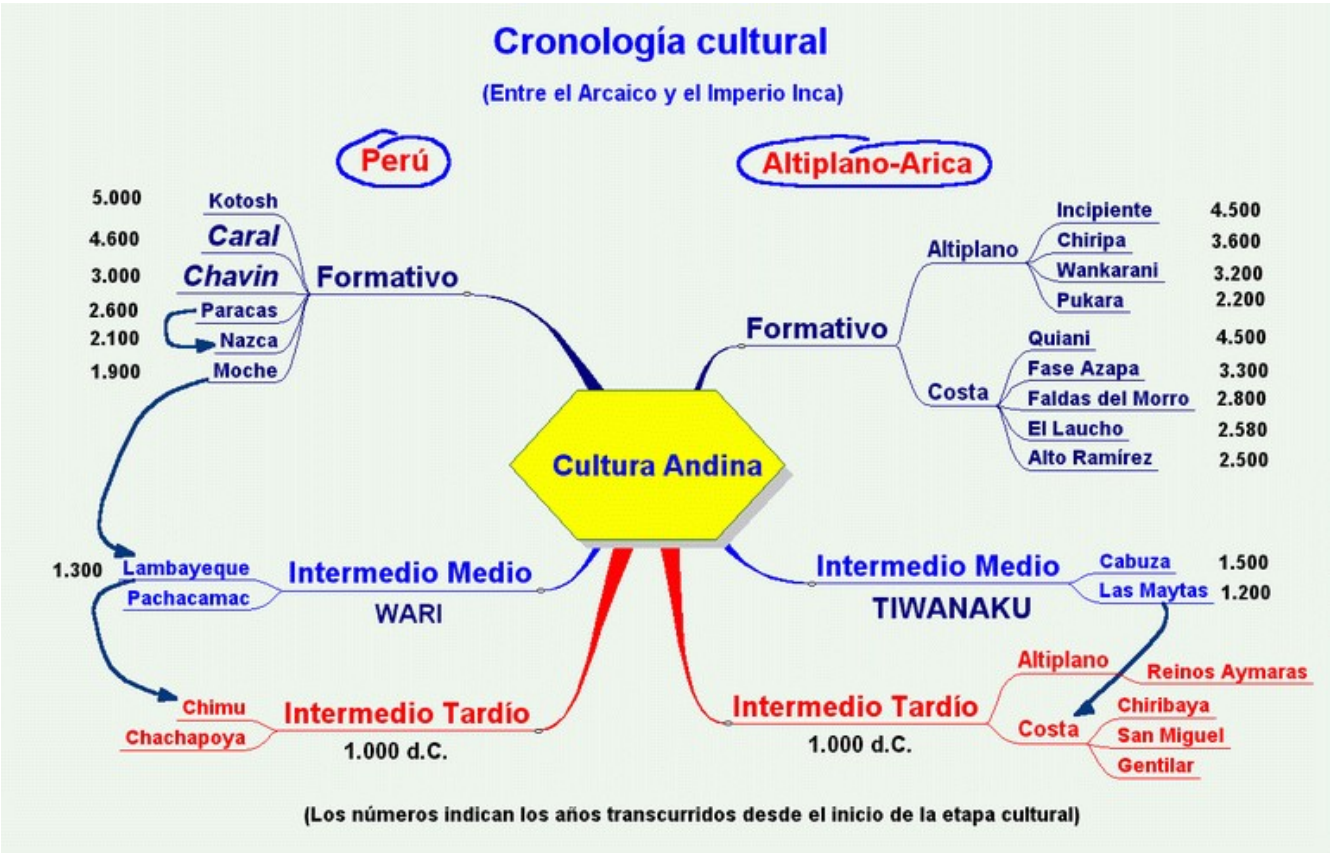
Introducción

Los pukaras¹ son, en general, asentamientos fortificados prehispánicos, a menudo cercanos a un poblado, contruidos con un muro de piedras a poca altura, que se continúa con paredes y techo de vegetales, ubicados en un terreno elevado para dificultar su invasión por grupos ajenos y provistos de viviendas básicas, estructuras de acopio de alimentos (*collicas*¹) y, a menudo, estructuras ceremoniales o funerarias. Supongo que su principal función era servir de refugio a la comunidad local en situaciones de amenaza. En Arica y Parinacota se ubican por lo general en lo que podría llamarse Sierra de Huaylillas (Dahuelsberg) y son propias del Período Intermedio Tardío², siglos X - XV.

1 **Collicas.** Hay pequeñas, domésticas, adosadas a los recintos habitacionales circulares de los poblados del Período Intermedio Tardío, como en Chapicollo, Laco Alto, Huaihuarani, Saxamar, Achuyo, etc. Estas son de corte redondo, a veces semisubterráneas con una parte de la cavidad bajo el nivel del suelo y otra sobresaliendo como una pequeña torrecilla. Conservando el estilo, hay otras de mayor tamaño, de uso comunitario y ubicadas en un sector preciso como en Saxamar y Achuyo o en los pukara propiamente tales. Aparecen como pozos circulares chicos en comparación con los recintos habitacionales y con frecuencia la cara interna de la pared de piedras tiene obliterados los espacios entre éstas con argamasa de barro, con el obvio propósito de mejorar las condiciones de almacenamiento y dificultar el acceso de roedores.

2 **Período Intermedio Tardío** (Estados o Señoríos Regionales). Tras el colapso de los grandes imperios (Wari en el norte de Perú y Tiwanaku en el altiplano circun-Titikaka) viene un período de regionalismo más evidente en lo político-administrativo que en la época de influencia altiplánica y que afecta a todo el territorio andino generándose identidades bien definidas de Desarrollo Regional. Aquí se

Ofrezco un esquema cronológico básico para ubicar al Intermedio tardío en el contexto de la historia del Mundo andino:



inserta lo que es Lambayeque y Chimu al norte del Perú, los señoríos aymaras del altiplano y la Cultura Arica de la costa y parte baja de los valles vecinos a Arica.

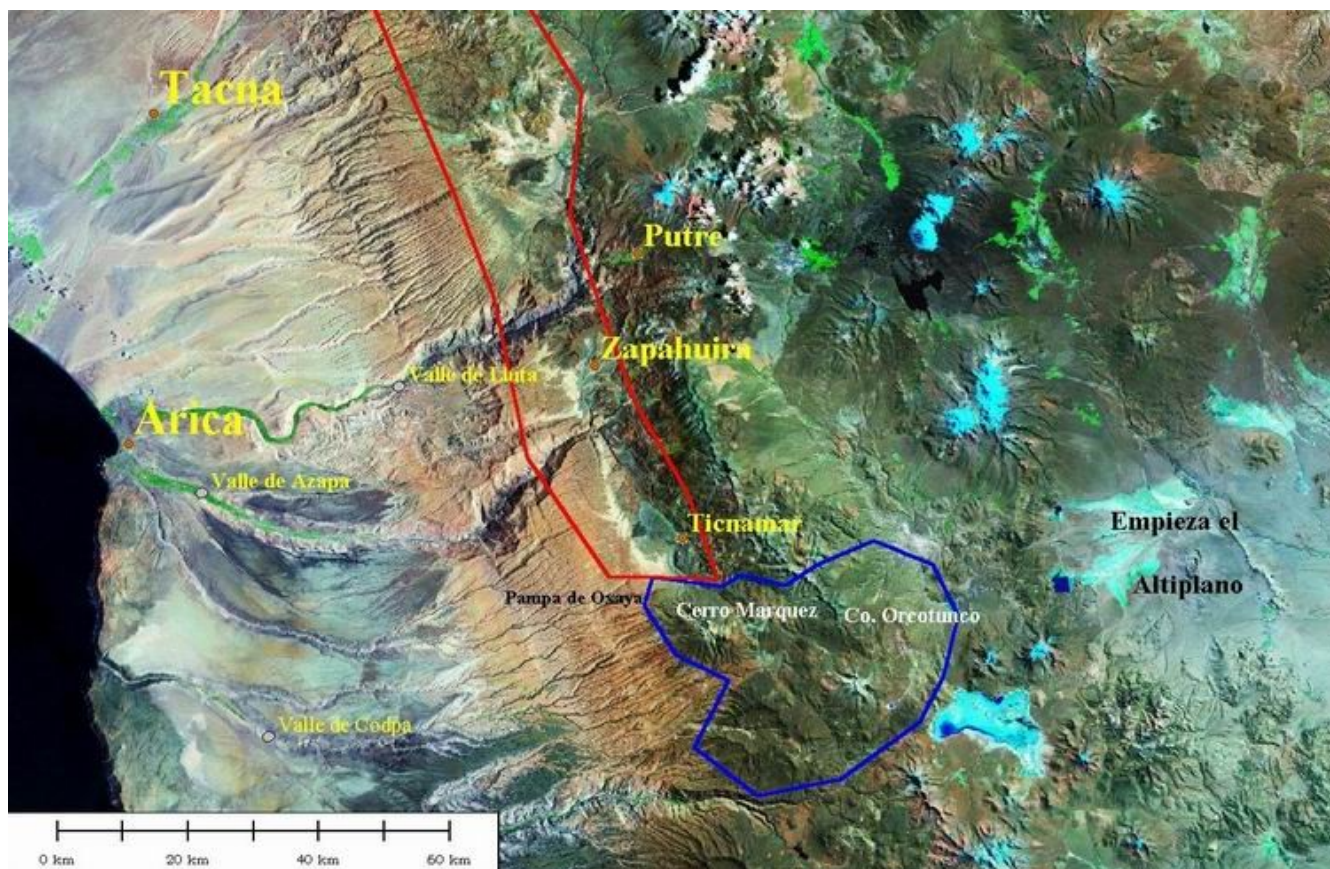


Imagen LandSat del territorio ariqueño. La Sierra de Huayllillas figura delimitada por líneas rojas y termina hacia el sur en el Nudo de Orcotunco (líneas azules). A la derecha se muestra la Cordillera Occidental y el inicio del Altiplano. A lo largo de la Sierra se encuentra la mayor parte de los pukaras poblados por etnias ariqueñas (yungas), serranas (Charcollo) y en algunos casos, altiplánicas (aymaras).

Este texto no pretende tener categoría académica, sino que intenta dar a conocer lo hermoso y culturalmente interesante que existe y que está gratuitamente accesible, pero que se desconoce o las fuentes de información académicas son muy precisas en algún tema, pero suelen manejar conceptos complejos, con lo que el no iniciado pierde el interés por explorarlas.

Pero para comprender un importante período de nuestra aventura cultural debemos comprender aquel durante el cual —hace como 1.000 años— quedamos libres para honrar nuestro albedrío tras el colapso del Tiwanaku, estrella que define y expande el Mundo Andino y que ejercía en los fértiles valles de Arica (*yungas*) un benigno dominio, más bien cultural y técnico. Ese período de “libertad” se venía gestando imperceptiblemente desde antes con la aparición de la peruano-costera etnia Maytas, cuyos componentes hacían de subalternos de los altiplánicos Cabuza, etnia localmente dominante hasta entonces, y cuando los agricultores de Alto Ramírez expresaban de alguna manera su intención de conservar la identidad local.

Hoy tenemos la magnífica oportunidad de hacer vivir a las pircas solitarias de las ruinas prehispánicas, mudas para el lego, y así entender un importante período de la aventura cultural de Arica y su versión precordillerana.

El decaimiento de los asentamientos Cabuza generó una miríada de señoríos o cacicazgos locales, la Cultura Arica. Eso fue medio milenio de “independencia” que aprovecha lo antes aprendido, pero que tiene que impedir que los nuevos “dueños” del altiplano, los aymaras que necesitaban nuestros productos agrícolas y marítimos y nos aportaban los propios, controlaran a nuestras tierras. Pues hace unos 1.000 años se desarrollan los pukaras en el callejón de la Sierra de Huaylillas (Fosa Copaquilla-Ticnamar), donde están las cabeceras de los fértiles valles. Los pukaras son, en su “versión Pacaje”, verdaderas fortalezas para alojar a los pobladores del lugar de la sierra ante una amenaza y conservar recursos alimentarios y armas.

El pukara de Copaquilla es un magno asentamiento en un lugar privilegiado al borde de un precipicio de 150 metros, muy conocido por todos los ariqueños pues está al borde la la carretera que nos une con Bolivia (CH11) y es una joya desde el punto de vista turístico.



Borde septentrional del pukara de Copaquilla. Fotografía de 1999.

Muchos lo visitan pero poco comprenden lo que pretende proteger: el valle de Copaquilla, centro importante de reabastecimiento y tal vez control de las continuas recuas de llama que transportaban bienes desde y hacia el altiplano;



Pukara de Copaquilla. En la ceja del precipicio...

el poblado que estaba en la ladera oriental del promontorio, de cierta alcurnia a juzgar por los mausoleos funerarios (*chullpas*) de dos estilos, los que hablan de influencia altiplánica e Inca; las tierras fértiles del valle; el agua del Río Seco y hasta el solitario petroglifo que marca la conjunción de la quebradilla de mulahumalla con el talweg del Río Seco.



Vista al oriente desde el pukara de Copaquilla.

Por todo lo dicho, pese a mis memorables vivencias en el valle y el vecindario del pukara, no podría incluirlo en esta divagación. Es que el pukara mismo pierde muchos de sus atributos si se omite la importancia histórica de su entorno y de las ruinas del poblado que está en una de sus laderas. Y explicar eso requeriría otro largo artículo...

La [Cultura Arica](#) podría definirse como la etapa posterior al “dominio cultural” del Tiwanaku, lo que genera una identidad propia en nuestra costa y valles (*yungas*), con representación cordillerana de la variante cultural Charcolloⁱⁱ. En el sector medio y bajo de los valles esta marcada identidad social consiste en poblaciones dedicadas a una actividad agro-marítima y dirigidas por caciques cuyo poder no traspasaba los límites de la reducida territorialidad de su grupo. Mantenían una intensa relación comercial con los altiplánicos, especialmente en las cabeceras de los valles (Sierra de Huaylillas) donde incluso hay evidencias de poblados mixtos con aymaras y donde se encuentran los charcollos.

El colapso del Tiwanaku permitió el desarrollo de una decena de cacicazgos o señoríos aymaras en la vecindad de lago Titikaka y el Poopó, de tierras en general poco apropiadas para la agricultura, en contraste con las condiciones de nuestros valles. Los altiplánicos, ya no tan benévolos como los tiwanakotas, necesitaban nuestros productos del mar y los agrícolas, por lo que los ariqueños debieron prepararse para evitar ser invadidos y eso explica en gran medida la aparición de varios pukaras, especialmente a lo largo de la Sierra de Huaylillas. Allí corrían ríos cuyas aguas bajaban al mar por los tres valles de Arica: el de Lluta al norte, Azapa que cruza la ciudad actual y Camarones un poco más al sur. Allí, en ese sector de la sierra se podría controlar en origen de esos ríos y quien lo controla, domina las tierras bajas (*yungas*).

Los primeros aymaras en instalarse en la sierra, al sur de Zapahuira, fueron los Pacajes, durante el Intermedio temprano (siglos XI-XII), iniciando los pukaras de Huaihuarani, Saxamar y Caillama. Al norte de Zapahuira (pukaras de San Bartolomé y Calacruz) fueron [Carangas](#) desde el siglo XII y, en el sur ya identificado, los Carangas desplazaron o absorbieron a los Pacajes hacia los siglos XIII-XIV. Muy cerca de Zapahuira, Chapicollo es muy especial —híbrido, como se explica en su descripción.



Mapa de Google Earth. Se pueden identificar nuestros dos principales valles (Lluta y Azapa) y se identifican algunos lugares de referencia y con marcadores rojos, algunos pukaras.

Desde que me trasladé a Arica atraído por su interesante y complejo pasado andino y una promesa de aventura profesional, me llamó fuertemente la atención el escaso o nulo conocimiento de los ariqueños caucásicos respecto a sus vinculaciones andinas de antaño y en eso incluyo también a muchos de los aymaras, tan propensos a aceptar mitos. Eso me indujo a explorar conceptualmente nuestro pasado y, casualmente, conocí a Percy Dahuelsberg y a su obra y me entusiasmé por conocer en terreno lo que él describía y algo después establecí con Oscar Espouey una estrecha amistad, lo que me ayudó mucho a comprender mejor nuestro pasado ariqueño. Pues eso, como si fuera un vicio, continuó motivándome a estudiar y visitar los remanentes arqueológicos de nuestro *hinterland* a lo largo de varios decenios y tratar de compartir lo aprendido con ariqueños y turistas. Gran parte de este artículo se inspira en el contenido del sitio web [Arica a Caballo](#).

Debo expresar con el máximo énfasis que, si alguien pretende visitar los sitios que describiré, debe respetarlos, privarse de remover objetos y no excavar. La conservación de lo que atestigua nuestro pasado debe ser perentoria.

Por razones de espacio, aunque sean importantes los pukaras que menos me han impresionado, solo expondré un extremo resumen. Empecemos con un pukara *que no es pukara* ni es de la sierra. Luego revisaremos los más atractivos ordenados de sur a norte:

Pukara de San Lorenzo (-18.523238 -70.184371, 280 msnm)³. Se ubica en el valle de Azapa a algo más de 15 km de Arica, al costado sur del río San José, sobre un promontorio que ofrece una amplia vista al sector medio del valle.



Pukara de San Lorenzo.

El lugar ya fue ocupado el Intermedio Temprano⁴ por los *yungas* (gente de territorios bajos) de Alto Ramírez y luego por los altiplánicos del Período Intermedio Medio⁵ (Cabuzas). Pudo ser no una

³ **Nota:** las coordenadas se presentan en formato decimal El signo “-” significa sur para la latitud y oeste para la longitud.

⁴ **Período Intermedio Temprano.** Su inicio suele llamarse **Período Formativo**. Caracterizado por el inicio de la sedentariedad, agricultura y cerámica, hace más o menos unos 3.000 años o más en algunas regiones, con sus consecuencias socioculturales: comunidades más estables y numerosas que exigen ciertas reglas de comportamiento. En lo cultural, este período se caracteriza por un Desarrollo Formativo que en Perú llega a formar Culturas Regionales bien definidas (asentamientos agropecuarios sin influencia panandina, con un desarrollo cultural autónomo y propio de cada región). Los típicos ejemplos son las culturas Nazca y Moche. En nuestros valles, la agricultura se inicia hace más de 3.000 años y se establece en forma consistente 1.000 años después.

⁵ **Período Intermedio Medio.** homogenización cultural y/o estatal del Mundo Andino, primeros imperios (Tiwanaku en el área circuntitikaka y valles al oriente y occidente, e Imperio Wari desde Moquegua al norte, centrado en Ayacucho). Se inicia hace

estructura defensiva sino un recinto amurallado que sirvió como centro administrativo de la gente de Las Maytas⁶ y luego San Miguel⁷ (I. Muñoz), posiblemente empeñada en “*enfatar su posición de no dependientes*”⁸ de los ocupantes altiplánicos que ejercían un cierto benigno rol de dominio. Contiene plataformas estabilizadas por piedra que servían como piso de residencias hechas con caña y barro. Algunos de esos recintos tienen *collcas* domésticas: un pozo de poca profundidad estabilizado por piedras, que servía para guardar alimentos.

De la base del promontorio se retiraron unas piedras grandes, como del volumen de dos barriles (están en el jardín del Museo Arqueológico de Azapa), que tenían petroglifos poco elaborados, demostrando la importancia simbólica que tenía ese “pukara” que no es pukara....

Algunos pukaras olvidados que conozco bien

Pukara de Huaihuarani (“wayra” es viento arremolinado: “lugar de vientos arremolinados”). Está al oeste de Belén, abrazando una quebradilla en la ladera norte de la quebrada homónima (-18.4761 -69.5397, ±3,155 m.s.n.m.). Depende de una organización social con las complejidades socioculturales del Período Intermedio Tardío —preincaico— propio de las cabeceras de los valles. Se inició cerca del año 1200 d.C., pero tuvo un desarrollo más tardío, hacia 1400 más o menos.

Ancopachani, asentamiento administrativo y de apoyo del *Qhapac Ñan* muy cercano de Belén, tiene un inicio más tardío. Su vecino inmediato, Chajpa, e Incahullo a un costado de Huaihuarani, son incaicos.

El pukara es una fortaleza cuyo patrón inicial es el Pacaje (protección de aldea, muchas estructuras habitacionales y domésticas accesorias, zonas ceremoniales, *chullpa* vecina, etc.), pero ya antes de los Incas los Carangas ya eran hegemónicos en nuestra sierra y lo reutilizaron. Los ariqueños del lugar eran los Charcollo⁹ y descubrimos casualmente un modesto conjunto funerario con cerámica de los *yungas* de la Cultura Arica cerca del pukara.

unos 1300 años y tiene unos 6 siglos de duración. Este período representa —y se lo puede afirmar enfáticamente— el apogeo del Mundo Andino. Es en este período cuando se inventa y se define todo lo que es andino. Tras el colapso de estas organizaciones, lo que ocurrió entre los siglos XI y XII, en los períodos ulteriores se produce un estancamiento del progreso tecnológico y las identidades culturales subsecuentes se limitan a depurar aspectos específicos, como el arte Lambayeque y Chimú, la organización politico-económica de la Cultura Arica y la administración imperial incaica.

6 **Las Maytas.** Aquí nos referimos a un grupo étnico que aparece en Arica durante el Período Intermedio Medio, cuando ya en Arica había una fuerte influencia altiplánica representada por los asentamientos Cabuza de la parte media del valle de Azapa. Las Maytas aparece entonces en un período muy peculiar de nuestra historia, como gestora de la reivindicación de la identidad ariqueña. Aconsejado por Oscar Espouey, planteo que Las Maytas representa a la etnia de origen local, propiamente ariqueña/sur-peruana.

7 **San Miguel.** Aquí nos referimos a lo que se ha definido como una fase de la Cultura Arica, la que aparece algo antes que las otras (Gentilar y Pocoma), centrada en el valle de Azapa. En contraste, Gentilar era costero.

8 Espouey et al.

9 **Charcollos.** Eran habitantes de la sierra (quebrada de Oxa, un par de kilómetros al sur de Ticnamar), muy vinculados con los *yungas* de la Cultura Arica. Los identifica particularmente una cerámica tosca. Más detalles en una Nota Final.



Pukara de Huaihuarani y pueblos y algunos pukaras de la zona.

Tengo que explicar el párrafo anterior para que comprendan a Huaihuarani, porque Belén y su entorno son muy complejos en términos de asentamientos prehispánicos.

El llamado del pasado se siente con fuerza irresistible en Belén (3,270 msnm), el único pueblo serrano que fundaron los españoles, pero lo hicieron en la vecindad inmediata de un complejo de unidades urbanas indígenas integradas entre sí en una de las formas más avanzadas que he podido observar en nuestra sierra. Tal vez sea la hermosa cordillera del lugar lo que gatilla el deseo de saber más. Es como si las rocas precámbricas de las montañas al este de Belén, las más antiguas del Chile actual —unos 1.900 millones de años de existencia— invitaran a explorar la ínfima porción del pasado en la que el ser humano es protagonista.

Aunque antes existía allí un poblado indígena llamado Tocoroma, Belén fue fundado por los españoles en 1620 para servir al eje administrativo Arequipa-Putre-Belén-Tarapacá, en tierras altas para evitar la malaria que asechaba en la vecindad de nuestra costa. En sí mismo el poblado actual es poco interesante, pero está rodeado de hermosos cerros llenos de rincones interesantes y tapizados de andenerías o *patanaka*.

Según escribió Dahuelsberg en 1983, Huaihuarani pudo haberse iniciado antes del Desarrollo Regional (Cultura Arica, Intermedio Tardío), pero fue durante las postrimerías de este período que alcanzó su mayor desarrollo. El vecino inmediato —Incahullo, centro administrativo y de control del *Qhapaq Ñan* (“camino inca”)— se instaló durante la dominación incaica, suponemos que para controlar a la producción agrícola de los habitantes del pukara, posiblemente quinua y tubérculos. Por algún motivo, Huaihuarani habría decaído antes que Ancopachani (asentamiento

administrativo y de apoyo del *Qhapac Ñan*), el que se expandía probablemente a expensas de la población del primero y estaba a su vez controlado por la autoridad del Tawantinsuyu en Chajpa, del cual estaba separado solo por un muro de piedra. Tras el derrumbe del Imperio Inca, los jerarcas abandonaron Incahullo y Chajpa. Ancopachani perduró hasta la ocupación hispana.

Ancopachani y Chajpa están tan cerca de Belén que se han “contaminado” con el aprovechamiento contemporáneo de la tierra. Pero donde ambos colindan mediante un muro de piedras, nace un ramal del *Qhapa Ñan* (Camino Inca) que nos lleva directamente y en un par de horas, a Huaihuarani-Incahullo. Recorrerlo es volver al pasado.

La evidencia sugiere que Huaihuarani fue ocupado más o menos desde el año 1200 o más y hasta algo después del 1500 o tal vez más. Hay poca cerámica típica de la Cultura Arica de los valles bajos. Predominan evidencias culturales de pueblos serranos altos (Charcollo) que de alguna manera interactuaron estrechamente con etnias altiplánicas. Pero el tema es bastante complejo.

Según Álvaro Romero, es posible que primero se establecieran allí los charcollos, en la ladera oeste de la quebrada y pronto aparecieron los altiplánicos (aymaras) que instalaron viviendas más o menos transitorias en la ladera opuesta. Posteriormente, durante el Período Tardío (dominio Inca), se construyeron las estructuras del pico y la plaza ceremoniales. Típico ejemplo de la interacción étnica que caracteriza a Arica y a su sierra: ariqueños serranos interactuando con aymaras altiplánicos y ulteriormente influidos por los incas. Allí solo faltaría la presencia de los *yungas* ariqueños de la costa y los valles bajos (Cultura Arica), cuya cerámica solo constituye el 1% de los trozos recolectados por Romero.

No puede analizarse a Huaihuarani como un lugar aislado: la arquitectura de inspiración incaica vecina, la majestuosa [*chullpa*](#) de Incahullo (Inka Uyu) cuya puerta está curiosamente orientada hacia el poniente¹⁰, y el excelente camino que une a ambos con el otro complejo multiétnico formado por Ancopachani-Chajpa, sugieren una peculiar complejidad socio-económico-cultural.

¹⁰ **Chullpas:** era “obligatorio para todas” orientar la puerta hacia el oriente, pero en este caso probablemente se pretenda que el personaje “mire” hacia el cerro, el pukara o el tramo del *Qhapac Ñan*.



Chullpa de Incahullo, excepcionalmente orientada hacia el poniente.

Los ángulos de la *chullpa* son agudos, las piedras son lisas solo en el exterior y no encajan perfectamente, la “puerta” mira hacia el poniente como si estuviera mirando donde residen los muertos, y la antecede un espacio (atrio) delimitado por un muro de piedra, lo que sugiere que la momia del difunto era extraída durante ciertas ceremonias de culto y “comunicación”. Podría estar destinada a un *kuraka* (jefe) Pacaje o de influencia Pacaje, quien administraba los recursos locales para el incanato. Pese a que en la época del Imperio Inka los Carangas ejercían hegemonía en nuestra sierra, los Inkas reasentaron en Belén y vecindario *mitimaes*ⁱⁱⁱ —colonos reubicados— Pacaje y tal vez Lupaca.

Para llegar a Huaihuarani hay que bajar un poco al sur por la ruta A31 hasta donde ésta se cruza con las aguas de la quebrada de Belén. Son poco más de 2 km. Allí hay un espacio para dejar el vehículo. Luego hay que seguir hacia el poniente por el margen meridional del *talweg*¹¹, hasta un punto preciso para cruzar el riachuelo y luego subir un poco para llegar a Incahullo. Si no se conoce ese punto preciso, nos enredaremos en profundos zanjones una y otra vez.

11 *Talweg*: es la parte profunda del valle.

En el vecino Incahullo hay algunas peculiaridades interesantes, como la *chullpa* mencionada (señal de que allí hubo un gran señor de las etnias circuntitikaka), una *kancha*¹² y una *collca* grande redonda, con 12 hornacinas, pero no rectangular como sería lo típico de las incaicas.



Hornacinas de la pared interior de la collca. Las hornacinas son incaicas, pero ellos preferían las estructuras cuadrangulares...

Algunas murallas de Incahullo están formadas por pircas pobremente talladas y elaboradas en la cara que se muestra, pero sin faena al interior del recinto. Sus esquinas se construyeron con bloques de piedra entrabadas, dándole mayor solidez y duración a las estructuras, lo que es típicamente incaico. Un vecino de Belén ha plantado habas y lechugas en un gran espacio cuadrangular que tal vez fue corral hace más de medio milenio...

12 **Kancha** es una estructura arquitectónica típicamente incaica, definida por Osvaldo Silva en *Diálogo Andino* como “un gran patio [cuadrangular] central [con] una serie de habitaciones [cuadrangulares que se comunican con el patio] adosadas al muro perimetral”. En el patio se desarrollaban actividades comerciales o control de tráfico y los recintos adyacentes podrían haber servido para la labor de los funcionarios imperiales. Hay *kanchas* en centros administrativos desde los cuales los incas controlaban a un poblado vecino de importancia, como la de Incahullo y la de Chajpa, la de Zapahuira, y mucho más lejos aún, como la del tambo de Katarpe que controlaba el área de San Pedro de Atacama.

Sin darnos cuenta, los más citadinos jadeando por el continuo ascenso, llegamos a una estrecha garganta, salpicada de hermosos y pesados batanes y morteros de piedra para moler granos (y algunos provistos de un hueco adicional más pequeño para el ají), arrastrados por las aguas o abandonados en el “patio” de las estructuras habitables.



Pukara de Huaihuarani. Dos variedades de batanes en la primera línea y de morteros en la segunda.

De allí para arriba se abre con generosidad y esplendor el Huaihuarani que estoy tratando de describir. La primera vez (año 2000) llegué allí de madrugada, espantando con pena a las tarukas del lugar (huemules) y entonces me prometí regalarme un paseo por el Camino Inca.



Uno de los sectores habitacionales del pukara de Huaihuarani. Tarukas huyendo...

Si pudiéramos volar o mirar desde arriba como lo hace [Pachakamaq](#), veríamos unos 500 recintos circulares pircados por piedras no elaboradas, un pico ceremonial hacia el oeste y una colina cónica al oriente del pico, separados ambos por una estrecha quebrada que corre de norte a sur, perpendicular a la quebrada de Belén. La colina tiene una “plaza” más o menos circular delimitada por piedras, que tal vez servía para actividades comunitarias y en cuya periferia se ubican estrechas fosas funerarias de paredes de piedra.



Vista desde el cerro que continúa a la ladera occidental del pukara de Huaihuarani.

Al oeste del pico, un muro de piedras con una entrada estrecha marcaba el límite de lo habitable. Al norte de la “plaza” parte el Qhapac Ñan a Ancopachani-Chajpa. Al sur de la plaza hay amplios “potreros” delimitados por pircas, hoy utilizados para plantar, pero posiblemente contruidos como corrales para el intenso tráfico de caravanas.



Pico ceremonial del sector oeste del pukara de Huaihuarani.

Al sur del pico hay andenerías que llegan al río y más allá hay más espacios utilizables. En la base meridional del pico, hacia el lado de las andenerías, hay cuevas poco accesibles, una de las cuales guarda la Campana de Oro según la tradición, la que se cuida de que los huaqueros no la roben pues dicen que tañe con tanta intensidad cuando uno se acerca, que se pierde la razón...

No describiré por ahora todos los rincones hermosos, interesantes, curiosos, inesperados, misteriosos o inexplicables que he encontrado en varias visitas al lugar, pero quiero aprovechar de presentar un ejemplo de cuán rico y poco conocido es el patrimonio arqueológico de nuestra sierra. De la literatura y de mis visitas al lugar sabía de las cistas funerarias en la periferia de la plaza ceremonial y de pequeños aleros pircados en la parte más abrupta de la ladera oeste de la quebradilla que se utilizaron como recintos funerarios.

Pero en noviembre del 2003, llevé a Huaihuarani a una veintena de alumnas de Putre de todas las edades, quienes participaban con entusiasmo en una gestión de la Casa de la Cultura, financiada por una ONG y destinada a revelar a los locales la riqueza cultural de su entorno. Después de visitar el lugar y habiendo bajado al talweg del río Belén para visitar las modestas pinturas rupestres de la base del cerro, alguien hizo notar la existencia de un recinto cuadrangular lleno de piedras en la ladera sur. Una minoría de las alumnas estaban muy cansadas tras seis horas de caminata y prefirieron volver a los vehículos, pero el resto prefirió subir la ladera para satisfacer su curiosidad ¡Eureka!, encontramos un cementerio constituido por una veintena de cistas funerarias semiabovedadas, más grandes que las de la plaza ceremonial y más ricas en cerámica ariqueña, de la costa, casi ausente en el pukara. Con esto quiero expresar que lo que se ha investigado y escrito de éste y otros asentamientos prehispánicos es insuficiente y las conclusiones de los expertos son solo proposiciones basadas en evidencias incompletas.

Las alumnas encontraron un parámetro que no puede ignorarse si se quiere comprender lo que allí sucedió y obliga a redefinir las proposiciones “oficiales”. No fue la primera vez que participé en una situación de este tipo...

Qhapac Ñan (Camino del Inca). Donde termina la quebradilla cuyas laderas sirven de asiento a Huaihuarani, sale hacia el este el camino, un espacio de unos 3-4 metros de ancho, claramente delimitado por pircas de piedras de unos 50 cm de altura.



Camino antiguo entre Huaihuarani y Ancopachani.

El piso debió haber sido bien plano hace 500 años, pero cuando lo recorrí por primera vez en el año 2000 estaba lleno de accidentes causados por la erosión de las lluvias, derrumbes de las paredes y crecimiento de la maleza de la zona, cargantemente abundante de unas pelotitas de cactus espinudas que parecen saltar para clavarse en las pantorrillas y cuyas púas pueden atravesar limpiamente la suela de goma de una zapatilla ("perros"). Supongo que, como otros trozos del "Camino del Inca" de nuestra sierra, su origen es preincaico. No cabe duda que Huaihuarani y Ancopachani tendrían que haber tenido una vía expedita de comunicación antes de que llegaran los Inkas.

Dos valientes muchachitas me acompañaron. Partimos a las 11 A.M., pasando al norte de la "plaza" del pukara y siguiendo la ladera de la colina, a media altura entre la quebrada Belén y la cima, con una estupenda vista de Incahullo. Quince minutos más tarde habíamos descendido al fondo de una quebradilla, el camino desapareció pero pronto reencontramos su trazado y las pircas en la subida opuesta. Ya no veíamos a las ruinas, pero hacia el sur había una impresionante vista de la ruta actual a Lupica, Saxamar, Ticnamar, Timar, etc. La vista llegaba hasta Tojo-tojone, donde está la gruta de la Virgen, el alero utilizado por los cazadores de hace 9.500 años y mi "dormitorio" habitual para estos viajes.

Había que bajar y volver a subir otras dos quebradillas, buscar con paciencia el reinicio del *Qhapaq Ñan* en una empinada ladera de piedra —utilizando las cuatro extremidades como una cabra— hasta que a poco más de una hora de camino se llega a la cima de una colina desde la cual se ve el pico ceremonial de Huaihuarani al oeste y Belén hacia la cordillera.



De la plaza de Huaihuarani a Belén. Solo como 4 km a 3.100-3.250 msnm, pero en terreno ¡lo disfrutamos!

Aunque pudiéramos excluir la emoción de estar recorriendo un camino elaborado hace medio milenio o más y espantar las ánimas de los miles de indígenas que se sirvieron de él mucho antes de que Chile tuviera un nombre siquiera, el paisaje impresiona por su belleza, vastedad y la magnitud de los accidentes geológicos, los que liberan un intenso deseo de saber algo más de cómo se hizo el mundo, para no parecer tan poca cosa frente a la violenta grandeza de nuestra cordillera.

Esa cima marca (creo yo) un punto intermedio, pues allí hay estructuras de piedra que sugieren corrales de paso —con pequeños anexos cuadrangulares que no comprendo— y por lo menos una plataforma pircada que debió haber servido de base para una habitación. El resto del camino, hasta el límite Chajpa-Ancopachani, es un largo descenso que lleva a un amplio corral circular y a un último ascenso el cual, tras pasar por el inicio de la quebrada de Laguane, transcurre por la base de la colina de Chajpa y lleva al laberinto de pircas circulares de la planicie de Ancopachani.

Pukara de Saxamar. Está ubicado al borde de una quebrada (-18.537787 -69.527359), a unos 3.200 msnm, al oeste de Saxamar. En general, los poblados agrícolas de la sierra (precordillera) de Arica-Parinacota los empiezan a formar los habitantes de los valles de Arica a partir del año 1000. Doscientos años después se establece en ellos un componente aymara (Pacaje), etnia foránea (de otro ámbito geo-político-social) proveniente del altiplano y luego, a partir del año 1300, ellos sobrepasan a los ariqueños y controlan así la cabecera de los valles. Pero hay excepciones y una de ellas es el pukara de Saxamar, el que se inicia tardíamente, cerca del año 1400 y tuvo en consecuencia una corta vida.

La primera vez que visité este pukara (año 2000), a unos 45 minutos de camino aguas abajo desde el poblado de Saxamar, llovía en la cordillera y de cuando en cuando se escuchaban fuertes truenos, a ratos me caían gruesas gotas y el cielo se alumbraba con relámpagos.

Solo, fascinado por el entorno, mis pensamientos divagan entre el imaginarme a los indígenas que transitaban por el lugar hace más de 600 años y mi conocimiento del peligro de las tormentas eléctricas. Antes no pasaba un año sin que un rayo matara o quemara gravemente a un pastor de nuestra cordillera y no me cabía duda que Illapa (Dios de la lluvia y del rayo) me mataría si decidía atacarme, por lo que me mantuve pendiente de los signos premonitores de su enojo: un rayo cuyo ruido llega demasiado rápido, el cabello electrizado o hasta una sensación de cosquilleo en el cuerpo. Había aprendido que en un terreno abierto y plano como éste hay que alejarse de los árboles y promontorios rocosos, separarse unos 5 metros de los acompañantes y encucillarse apoyado solo sobre la punta de los pies, con los talones contactándose y ambas manos tapando los oídos (trate de mantenerse así por más de un minuto y verá cuán inescapable es la furia de Illapa). Por suerte, esa vez Illapa no me consideró presa válida. Tal vez me dejó pasar para que pudiera relatar la riqueza del lugar.

Siguiendo la pampa al sur del río a unos 3.000 m.s.n.m., el trayecto —lleno de piedrecillas y de esas pelotitas espinudas de cactus que “saltan” a enterrarse en tus pantorrillas— es casi plano y en partes queda el trazado de un ancho camino preincaico que comunica al pukara con Lupica, incluyendo una *marka*¹³ de una altura poco menor que la de un adulto.

Las nubes de alto desarrollo vertical que habían provocado la aparición de Illapa al oriente de Saxamar se agotaron y apareció el cerro en cuya ladera norte se ubica el pukara, con unos 200 recintos circulares de piedra no elaborada, los que llegan hasta la cima del cerro. Cerca del cerro pude fotografiar una pareja de burros salvajes, los que antaño eran muy abundantes en la zona y casi se extinguieron para aportar cecinas a los ariqueños.

13 Las *markas* son un conspicuo apilamiento de piedras ubicados en lugares claves del Camino Inca (*Qhapac Ñan*) u otros caminos indígenas, para indicar una dirección, un accidente geológico, la bifurcación del camino, etc. En algunos sectores podrían haber servido para demarcar los tramos del *Qhapac Ñan* que debían ser mantenidos por los lugareños.



Burros salvajes en la proximidad del pukara de Saxamar.



El cerro donde está el pukara de Saxamar.

Contorneándolo por el norte se llega al pukara, el más grande de la región, emplazado en una especie de gran triángulo cuya base es el fin de la pampa que acababa de atravesar, su lado septentrional es el río y el meridional es el vallecito que forma el río Ticnamar y que lleva a Estrella, un pequeño caserío vecino.

El pukara fue construido siguiendo una elaborada planificación con el patrón Pacaje. En su inicio, en el lugar de menor altura, están los corrales,



Sector bajo del pukara Saxamar (corrales)

y en la parte más alta está el sector habitacional. Son recintos circulares o elípticos delimitados por pircas de doble hilada y ubicados desordenadamente pero de tal manera que suelen delimitar angostos pasajes con pasillos de circulación entre las estructuras. Aparte del muro defensivo de media altura, ese desorden en la ubicación de los recintos es lo habitual en los pukaras de nuestra sierra y parece deliberado pues si los atacantes sobrepasan el muro, deben zigzaguar incómodamente por esos estrechos e imprevisibles pasillos, retardando el avance y prolongando su exposición a los defensores.



Recintos habitacionales del pukara de Saxamar.

Hay *collcas*¹⁴ comunitarias semisubterráneas y otras pequeñas adyacentes a los recintos habitacionales.

14 **Collcas.** Hay pequeñas, domésticas, adosadas a los recintos habitacionales circulares de los poblados del Período Intermedio Tardío, como en Chapicollo, Laco Alto, Huaihuarani, Saxamar, Achuyo, etc. Estas son de corte redondo, a veces semisubterráneas con una parte de la cavidad bajo el nivel del suelo y otra sobresaliendo como una pequeña torrecilla. Conservando el estilo, hay otras de mayor tamaño, de uso comunitario y ubicadas en un sector preciso como en Saxamar y Achuyo o en los pukara propiamente tales. Aparecen como pozos circulares chicos en comparación con los recintos habitacionales y con frecuencia la cara interna de la pared de piedras tiene obliterados los espacios entre éstas con argamasa de barro, con el obvio propósito de mejorar las condiciones de almacenamiento y dificultar el acceso de roedores.



Collca doméstica del pukara de Saxamar.

La ladera oeste del cerro lleva a un promontorio de roca con aleros que deben haber tenido un uso ceremonial.



Sector ceremonial del pukara de Saxamar.

Cerca de allí hay tumbas (cistas funerarias), formadas por una excavación estrecha de paredes estabilizadas por piedras planas, las que cerca de la superficie forman una especie de bóveda que deja una apertura más estrecha en el centro. Todas están desocupadas.



Cista funeraria del pukara Saxamar.

Con visitantes y arqueólogos extranjeros visité varias veces a este pukara. La última fue en el año 2015, cuando a regañadientes me dieron permiso para reanudar mis aventurillas después de un infarto...



La cumbre del cerro del pukara de Saxamar.

Pukara de Caillama y Laco Alto. Ambos están en la quebrada de Chapiquiña y están estrechamente relacionados en el tiempo (tienen una datación de $\pm 1,100$ años d.C) y son cercanos entre sí (distan entre ellos unos 1.200 m). Caillama (-18,401733 -69,577593, 3.145 m.s.n.m.) es muy atractivo, no así Laco Alto (-18,39667 -69,587222, 3.080 m.s.n.m.), poco estudiado, con poca bibliografía y, en cuanto a “fortaleza”, pues es vulnerable pero lo incluyo en este artículo por su relación con Caillama.



Pukaras de Laco Alto y Caillama. Mapa de Google Earth.

Cuando los conocí tenía escasa y básica información acerca de ellos. Todo empezó el año 2000, porque un poco al norte de Chapiquiña hay un bajo donde se puede apreciar y recorrer un tramo relativamente bien conservado del Camino Inca. Se lo estaba mostrando a unos amigos periodistas cuando un hombre grande proveniente de la vecina casona (de la Hacienda Vilque de la familia Santos) —quien luego resultó ser muy cordial y tras un par de frases brotó su andina amabilidad— nos invitó a la casona, donde conocimos a su madre, la Sra. Lina, a quien seguí visitando por años cuando pasaba por allí.

Ellos me incitaron a visitar Laco Alto, lugar que conocía solo a través de breves menciones en revistas especializadas y cuyo acceso yo no sabía si era transitable en algo que no fuera el tractor de la familia Quispe que habita ese vecindario. El camino parte al oeste, precisamente rozando la casona de la abuela Lina.

Un día que me detuve a entregarle a doña Lina esas galletas tan especiales que se hacían en mi casa, decidí partir a Laco cuando estaba anocheciendo. El camino era estrecho pero transitable con cautela para un 4x4. De cuando en cuando había unos pocos ranchos y ya era oscuro cuando se me acabó el camino tras 15-18 km de recorrido y a unos 3.100 m.s.n.m. En lo alto de un cerro vecino, una tenue luz sugería que allí vivía el Sr. Quispe y hacia el norte estaba el río, encajonado

por paredes verticales de cierta profundidad. No atreviéndome a enfrentar a los perros que ladraban, esperé allí el amanecer.

Al salir el sol, lo primero que hizo fue iluminar precisamente **los remanentes de Laco Alto**, en la ladera oriental del cerro Elena Capurata, al otro lado del río. En la base del cerro hay antiguas andenerías.



Pukara de Laco Alto.

Para subir al pukara primero se pasa por una zona que tiene corrales y luego pircas que delimitan habitaciones y *collcas* y después una zona netamente residencial y en la cima del cerro y en la parte alta de su vertiente occidental hay excavaciones verticales relativamente poco profundas y pircas y montículos pequeños de piedra que forman un conjunto que solo serviría para acciones ceremoniales.

Los muros está formados por de dos hiladas de piedras con una capa intermedia de piedrecillas.



Pircas del pukara de Laco Alto. En primer plano, un batán fracturado.



Laco Alto, zona residencial. Fotografía del año 2000.



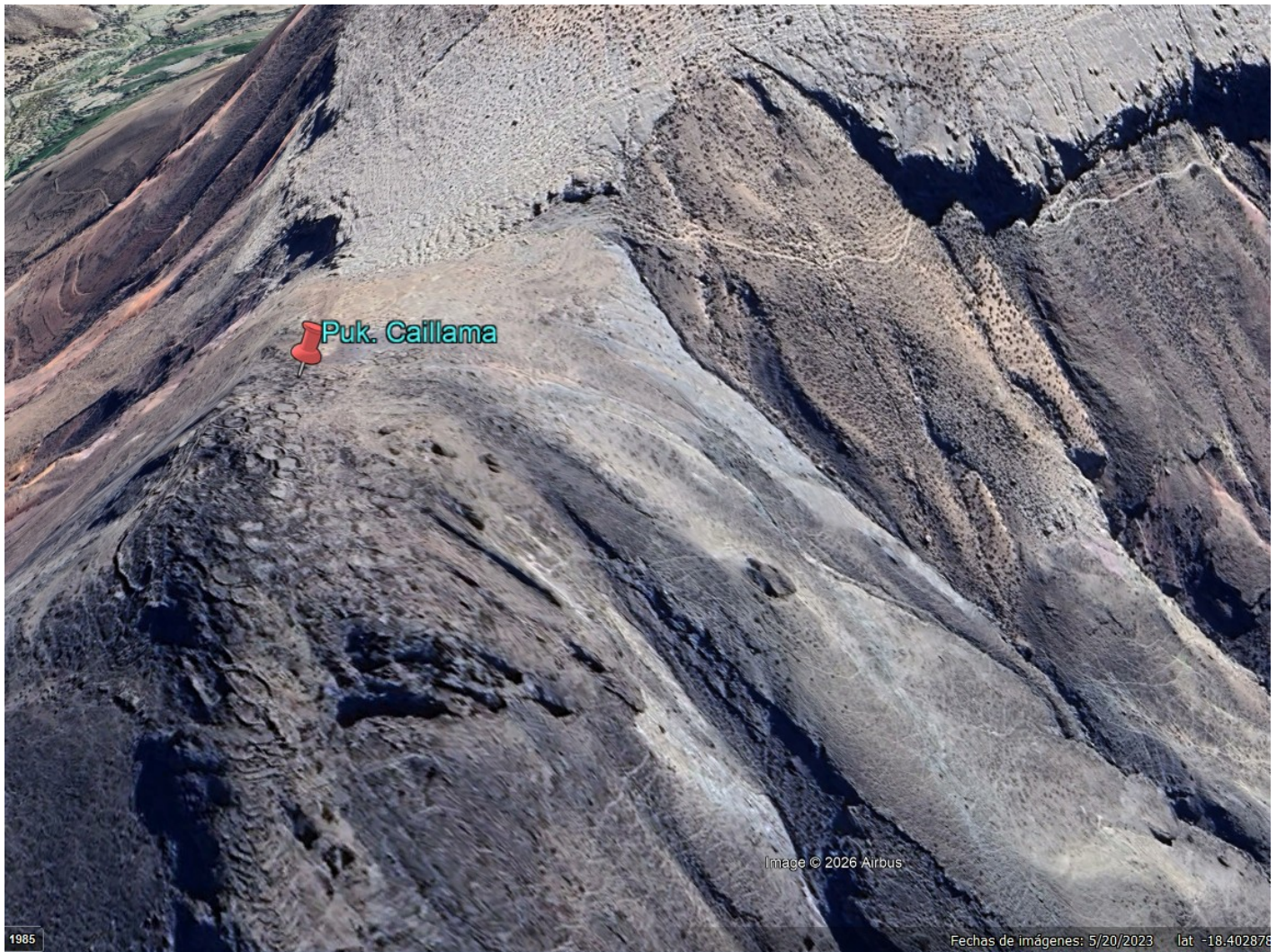
Andenerías cercanas al pukara de Laco Alto.

Poco más al oriente siguiendo la quebrada, hay algunas *chullpas* —mausoleos pequeños similares a los más visibles de Caillama— que los lugareños denominan “casas de gentiles”. Un muchacho de la zona, hablándome de ellas, se preguntaba cuán chicos debían haber sido los “gentiles” (antiguos habitantes) para haber cabido dentro de estas casitas...

Los pocos restos de cerámica reconocibles en el suelo son del estilo Charcollo (del año 1200, más o menos) y del estilo Chilpe (líneas negras sobre engobe rojo, más recientes), indicando que los habitantes fueron serranos con cierta integración cultural con altiplánicos preincaicos (Pacajes) y alguna interacción con los agricultores (*coles*) ariqueños.

Leí que se han encontrado proyectiles de boleadoras y puntas bifaces de piedra. Todo lo averiguado parece calzar con un pukara de ocupación no permanente, producto de los conflictos que en esa época (Período Intermedio Tardío) existían con los altiplánicos y —por su ubicación— de utilidad para la vigilancia y control de caravanas.

Pukara de Caillama. Si desde el sector de la casa del Sr. Quispe en vez de cruzar el río se remonta la ladera que luego termina en la quebrada de Caillama, hacia el sur, en lo alto de un cerro se encuentra el pukara de Caillama, el cual comunica con Laco Alto mediante un sendero.



Pukara de Caillama.

El panorama que observé por primera vez el año 2002 es impresionante, dominando ambas quebradas y con una irrestricta vista del pukara de Laco Alto.



Estructuras de Laco Alto vistas desde el pukara de Caillama.

Además de las estructuras defensivas y de uso comunitario, Caillama tiene más de 170 recintos habitacionales redondos o elípticos, con muros de dos o tres hileras de piedras acomodadas sin preocupación por el relieve de las superficies, pasillos y escalones.



Pukara Caillama. Estructura de un muro y un batán con su respectiva "mano".



Cerámica del pukara de Caillama. Arriba a la izquierda, estilo serrano Charcollo. Las dos primeras hileras del centro muestran decoración ariqueña costera (Gentilar, San Miguel). El resto es altiplánico preincaico (Chilpe).

Este sitio tiene más fortaleza como sitio defensivo (subir a Laco Alto es fácil, a Caillama es complejo y extenuante) y es más bien una aldea bien planificada *a priori* y fortificada, donde vivían —y no solo se refugiaban— familias completas. En consecuencia, los recintos habitacionales tenían áreas bien definidas, con cocina, áreas de preparación de alimentos y reparación de instrumentos de piedra.

Una de las de las estructuras más llamativas de este lugar son las *chullpas*, con una espectacular vista panorámica como suele ser en nuestra zona. Las de aquí son cuadrangulares, de barro con paja pero estabilizadas en el interior por piedras planas. El aspecto exterior es similar a la *chullpa* bien conservada del Tambo de Zapahuira 1, pero ésta tiene un dintel y paredes reforzadas por madera en vez de laja de piedra. Conté 19 *chullpas* en Caillama, pero hay publicaciones que indican que se han identificado restos de 27 de ellas.



Pukara Caillama, escalones.



Pukara de Caillama. La chullpa mejor conservada en el año 2002.

Las *chullpas* aceptan inhumaciones de más de un personaje de alcurnia a lo largo del tiempo, familia o autoridad. Están separadas de las cistas funerarias, las que son individuales para personajes de menor rango y su existencia en este importante asentamiento y en Laco Alto implica cierta relación directa —o en cierta medida empática— con los altiplánicos, cuya latente amenaza obligaba a las poblaciones serranas de la época del colapso de Tiwanaku a proteger la precordillera. En los pukaras que como éste siguen el patrón Pacaje, las *chullpas* están fuera del recinto defensivo pues los antepasados pertenecen a una dimensión diferente a la de los seres vivos.

Lo que es peculiar es que habitualmente solo se encuentran unas pocas *chullpas* en otros asentamientos (dos ¿tres? en Zapahuira 1). En consecuencia, Caillama y también Copaquilla con su decena de *chullpas*, deben haber tenido un significado especial para los ocupantes preincaicos de nuestra sierra.

El pukara de Caillama me crea más de un par de interrogantes: ¿Cuál era la diferencia socio-económica y la relación administrativa con el pukara de Laco Alto, separados solo por una

quebrada y 1.200 m? No conozco otros pukaras preincaicos tan cercanos entre sí: Huaycuta y Chapicollo en Zapahuira están separados por 4.600 m, un gran cerro y una quebrada, además de que sus estructuras habitacionales son completamente diferentes. Además, ¿porqué se abandonó Caillama?

Pukaras de la zona de Zapahuira (Huaycuta y Chapicollo). Zapahuira, ubicada a los pies de la Cordillera de Los Andes (de *sapa* = único y *jawira* = río o arroyo) ha sido siempre un lugar de encuentro e intercambio comercial y cultural entre grupos de diferentes etnias. Hay evidencias para sugerir que, aun antes de los incas, la zona de Zapahuira era un punto intermedio de trascendencia en las rutas de las caravanas que conectaban el altiplano con la costa y el tráfico transversal entre los poblados de más al norte (Socoroma) y otros al sur (Chapiquña, Laco Alto, Lupica, etc.).



Entorno de Zapahuira. Mapa de Google Earth.

Al norte del poblado de Zapahuira —un poco retirado del cruce homónimo que alberga a las posadas de los camioneros— hay múltiples estructuras pircadas de aspecto antiguo y más o menos vecinas al Camino Inca (*Qhapac Ñan*) el cual, proveniente de Socoroma, pasaba

por el cruce y continuaba hacia el sur. Buena parte del camino actual de Zapahuira a Saxamar utilizó el trazado del *Qhapac Ñan*, del cual quedan restos más o menos bien conservados un poco al sur de Socoroma, un poquito al norte de Chapiquiña (en la Hacienda Vilque de la familia Santos) y en el abra de Tojo-tojone, para solo mencionar a algunos sitios accesibles sin gran esfuerzo físico.



Qhapac Ñan. Cabalgata de Arica a Socoroma, año 2005.

Durante el Intermedio Tardío (hegemonía Inca), Zapahuira fue el centro administrativo que controlaba al Valle de Azapa y servía de apoyo y control de las continuas caravanas que gestionaban el intercambio de bienes. Como tal, cerca del actual pueblo está el *Tambo 2*, asentamiento administrativo o sede burocrática del centro de control y unos 1.600 m al suroeste está el *Tambo 1*, un complejo de *collicas* que casi a penas se salvó de quienes hace muchas décadas construyeron la Carretera Internacional CH11 que nos comunica con Bolivia.



Tambo de Zapahuirá 1. Dos tipos de collicas. Al fondo, los Nevados de Putre (volcanes Taapaca y Ancoma).



*Tambo de Zapahuira 1. Al fondo, la collca restaurada y a la derecha, el **cerro tangani Huaycuta**. En el primer plano se insinúa la pirca de un grupo de collcas parcialmente restauradas. Nótese que la irreverente carretera simplemente pasaba a través del complejo. Eso fue corregido a principios del siglo actual, pero no pudo corregirse el daño causado.*

Ese lugar tiene muchos otros detalles de interés, pero para el propósito de este artículo interesa el cerro de cima plana (*tangani*) Huaycuta.



Tangani de Huaycuta, en la zona del Tambo de Zapahuira 1.

Pukara de Huaycuta (-18,3546 -69,6187, 3.240 msnm) La superficie plana y elongada del *tangani* está ocupada por recintos circulares pequeños (2-3 m de diámetro), delimitados por muros de piedra de una hilada, mal conservados, cuyo piso tal vez estaba excavado un par de decenas de centímetros bajo la superficie. Hay muros defensivos de piedras en los accesos a la cima.



La cima del tangani Huaycuta.

Ese pukara parece haber tenido también usos habitacionales, sirviendo a los *yungas* que se vinculaban laboralmente con los *tambos* que ya mencionamos. Además parece que era un lugar adecuado para las labores metalúrgicas, pues se han encontrado crisoles y restos de minerales de cobre.

Los primeros habitantes de Huaycuta pudieron ser gente de las tierras bajas de Arica dedicada a la agricultura y ganadería, que se establecieron hace menos de 1.000 años (Período Intermedio Tardío). Al llegar los incas o sus representantes, se instaló a los pies del cerro Huaycuta el tambo de Zapahuira 1.

Esos habitantes contaban con corrales y áreas de cultivo adyacentes al cerro. Había vez tres *chullpas* similares a las de Caillama (tipo Pacaje), de 600-700 años de antigüedad. Se dice que había una tercera que fue destruida cuando se construyó la carretera y la que está a los pies del cerro está semidestruida. La otra estaba más o menos conservada hasta hace algunos años. Las *chullpas* son una expresión de veneración a los antepasados, quienes “vigilan” lo que sucede en

esa zona multiétnica y, tal vez, un intento de hacer presente a los Incas que en este espacio eran foráneos.



Chullpa un poco al este del pukara de Huaycuta. Fotografía del año 2000.

Pukara de Chapicollo (cima del cerro: -18.3188 -69.5895, $\pm 3,250$ m.s.n.m.). Un poco al norte de Zapahuira hay un cerro llamado Chapicollo (de *ch'api* = espina y *qullu* = cerro y ¡vaya que es espinoso el ascenso al pukara!), cuya base meridional muestra antiguas andenerías, las que eran utilizadas por los habitantes del poblado preincaico ubicado en el faldeo noreste del cerro, cercano al *Qhapac Ñan*.



Poblado Chapicollo visto desde el cerro homónimo. Nótese el muro que parece inútil, pero que es genial...

Casualmente el aeródromo de Zapahuira, hoy bien asfaltado, está un poco al sur.



Algunas andenerías adyacentes al cerro Chapicollo.

Recorrí, por primera vez el el poblado y el pukara anexo, de manera detallada, en el año 2000. Como otras ruinas prehispánicas, hoy solo quedan pircas de piedras, las que en Chapicollo delimitan recintos habitacionales más o menos circulares esparcidos sin orden en la falda del cerro, con una peculiaridad que las diferencia de las otras ruinas del interior ariqueño: la “puerta” está protegida por un pasillo relativamente estrecho que se extiende un par de metros más allá de la entrada al recinto circular y siguiendo más o menos el contorno de sus paredes, dando al conjunto la forma de una coma.

Este pasillo de acceso —una excelente idea para protegerse del viento y la lluvia y de intrusos pues obligaba a “dar la vuelta” para entrar— y el muro de orientación sur-norte que se ve en la primera fotografía, demuestran planificación y dan una lección de arquitectura de resistencia que contrasta con el diseño rectangular de los Incas. Esa forma de coma yo no la había visto en otros poblados, aunque está publicado que habría algo similar en Huaihuarani, pero allí nunca lo vi.



Chapicollo. Atrio o pasillo de acceso.

Por añadidura, los muros son sofisticados: doble hilada de piedras grandes colocadas con esmero, separadas por una argamasa de barro. Cabe suponer que a poco menos de 1,5 m de altura el muro de piedras era reemplazado por material vegetal hecho firme en postes de queñua implantados en la capa de argamasa, para terminar en el techo cónico que se postula para las viviendas circulares.



*Árboles de queñua o quewiña (del quechua "qiwiña", *Polylepis rugulosa*) cerca de Chapiquiña.*

Como suele suceder con las aldeas preincaicas, hay *collicas* y también estructuras circulares diferentes en los límites de la aldea —de una sola hilada de piedras y de mayor diámetro—, que pudieron haber servido como corrales. Pero los otros muros del lugar son diferentes a los de los otros pukaras (piedras meramente canteadas para ellos) pues los de aquí son elegantes y típicos de los Incas (Período Intermedio Tardío).

Tal vez Chapicollo no era tan "sofisticado" antes de que los Incas instalaran en Zapahuira el complejo para el control del vecindario y el Valle de Azapa. A Chapicollo los Incas lo incorporaron al sistema y lo reordenaron profundamente en cuanto a su planta, muros y detalles,

transformándolo en un asentamiento más parecido a un tambo eficientemente fortificado que un pukara de patrón Caranga-Pacaje (híbrido).



Chapicollo. Nótese la calidad “incaica” de las paredes de piedras.

La aldea de Chapicollo tenía una zona defensiva, un pukara, con un muro perimetral y estructuras habitacionales de similar factura, ubicado en la cima del cerro y posiblemente utilizado para albergar a la población en caso de un ataque enemigo.



Pukara de Chapicollo, en la cima del cerro homónimo.

La aldea y el pukara están muy cercanos e integrados en el tema defensivo, pues al borde de la pendiente que supongo que era la vía desde y hacia la vía principal (hacia el este), hay un muro de 100 m que, si bien permite el tránsito rodeando sus extremos, retarda el ingreso y expone al visitante. Eso mismo es “muy incaico”.

Se sabe que Chapicollo es del Período Intermedio Tardío, anterior al Período Tardío (Inca) y posterior al Medio (Tiwanaku), de hace como 1000-1100 años y al final los Incas lo incorporaron a su complejo territorial de Zapahuira.

Sus ocupantes parece que eran inicialmente carangas, después adquieren rasgos híbridos con otras etnias vecinas, luego se refuerza lo caranga antes de la ocupación incaica.

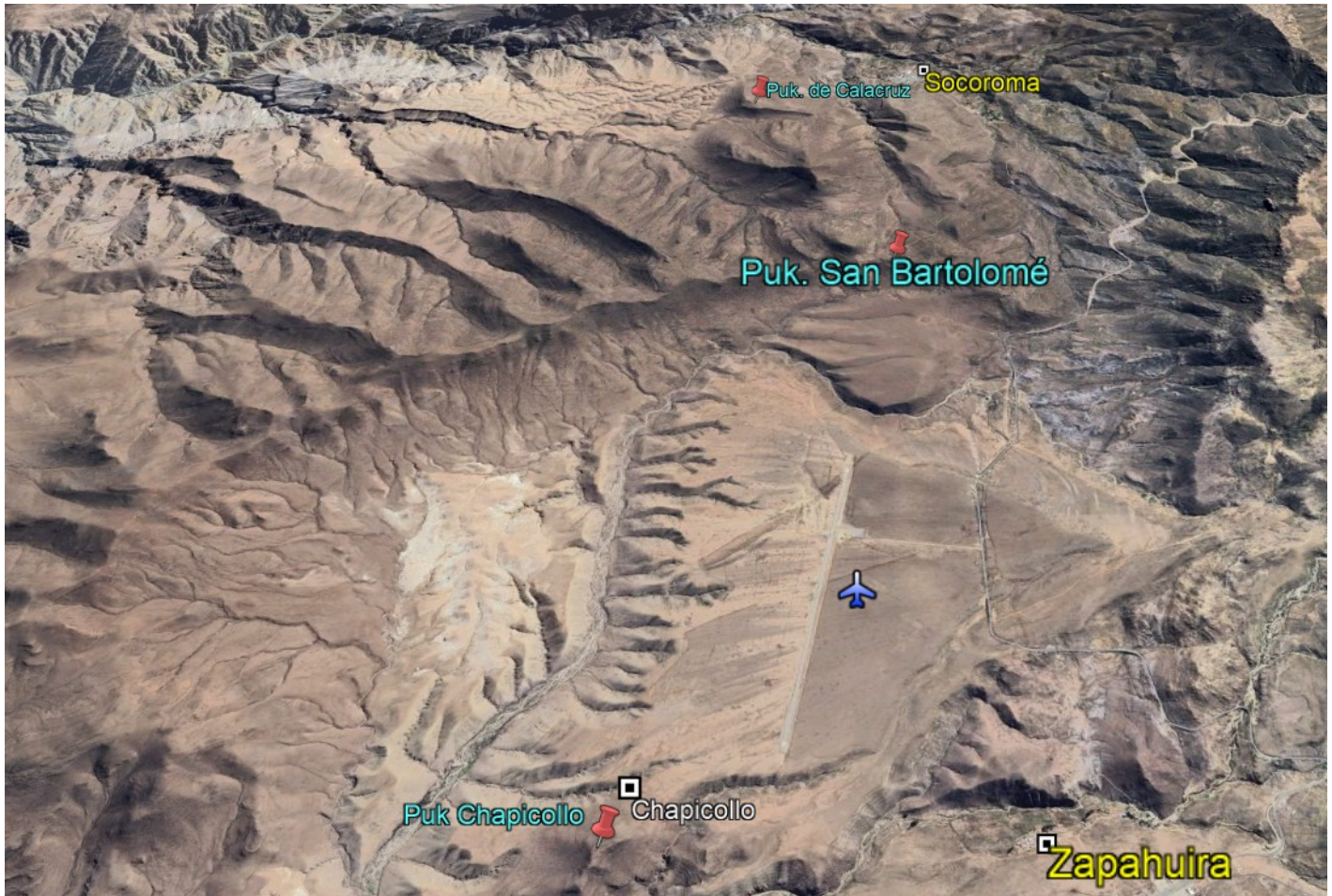
Después fueron guanacos y después pavimentamos la pista de aterrizaje cuyo extremo meridional está a menos de un kilómetro al norte-noreste de Chapicollo...



Guanaco en la pista de aterrizaje vecina a Chapicollo. Hoy es un aeródromo bien construido, sin aeroplanos...

Pukara de San Bartolomé (± 3.450 m.s.n.m. -18,287 -69,602). Conozco dos pukaras de patrón [Caranga](#) en la Sierra de Arica, éste y Calacruz. No tienen muchos recintos y éstos no son apropiados más que para una corta estadía orientada a la vigilancia y control vial de las rutas que comunican a nuestra costa con el altiplano. Es decir, no eran fortalezas que defendieran precisamente a un poblado agrícola y carecen de estructuras ceremoniales. Son poco atractivos turísticamente. Ambos se iniciaron en el Período Intermedio Medio (preincaico) y luego los utilizaron y adaptaron los Inkas.

A poco más de dos Km de el extremo norte del aeródromo de Zapahuira que es vecino de las ruinas de Chapicollo, se encuentra el pukara de San Bartolomé.



Pukara San Bartolomé. Ubicación en Google Earth.

Algo había leído acerca de un pukara cerca de Chapicollo en publicaciones de la Universidad local y con dificultad lo había encontrado en Google Earth (poco visible), de manera que, en algún momento después del año 2005 o más, me armé de valor para subir desde la Carretera Internacional (CH11) los casi 200 m a lo largo de como 1,5 Km hasta llegar a las ruinas. En otra oportunidad, desde allí bajé con bastante dificultad a Socoroma, en un trayecto de como 3 Km.



Sendero de acceso al pukara de San Bartolomé y Socoroma.

Conocí este pukara creo que un par de años después del 2005. Las fotografías se fueron en la memoria de la cámara que me robaron. Pero sí mi cuerpo y mi GPS recuerdan las vivencias de los senderos aquellos, que datan de tal vez algo más de 1.000 años.

El pukara de San Bartolomé es discreto en cuanto a tamaño, visibilidad en terreno, literatura atingente y Google Earth. No encuentro información que ubique a su origen en el tiempo, pero supongo que, como otros, es del Período Intermedio Tardío (1000-1400 d.C). Por su ubicación estratégica en relación a rutas que vinculaban a nuestra costa con el altiplano, debe haber adquirido mayor importancia como punto de control y vigilancia durante el imperio Inca, vinculado con las redes viales (*Qhapac Ñan*).

En cuanto a detalles de su estructura física —como es el patrón Caranga—, es más simple que la de los Pukaras de más al sur. Cabe hacer presente su proximidad con el pukara de Calacruz, de similares características, pero no conozco cuán funcionalmente vinculados pudieron estar.

Pukara de Calacruz, muy resumido. Es un pukara de patrón Caranga, poco conocido y relativamente pequeño, pero debió ser importante para los habitantes del poblado (Cultura Arica) para custodiar el espacio al oeste de Socoroma. Sus ruinas están estratégicamente ubicadas a unos 3.300 m.s.n.m. (-18.26759, -69.614896). Supongo que durante el Período Tardío (Incaico) sirvió como punto de observación y control de las rutas caravaneras entre la costa y altiplano.



Pukara de Calacruz (marcador rojo). Google Maps.

Para Finalizar...

Los pukaras de la sierra de Arica, durante mucho tiempo relegados al silencio de las alturas o confundidos con meras “fortalezas olvidadas”, constituyen en realidad testimonios privilegiados de una compleja organización socio-territorial prehispánica tardía. *La sierra de Arica fue una zona de integración de los yungas de la Cultura Arica con el sistema altiplánico caranga (norte, control de rutas) y el sistema altiplánico Pacaje (sur, control agrícola), con sitios híbridos y posterior dominio incaico indirecto.*

Lejos de ser solo refugios bélicos reactivos, estos asentamientos en cerro —con sus murallas perimetrales, recintos circulares densamente agrupados y vistas panorámicas privilegiadas— revelan una estrategia deliberada de ocupación del espacio vertical andino: en general, refugio y protección simultáneo de tierras agrícolas de quebrada y rutas de movilidad entre la precordillera y el altiplano.

El aparente “olvido” en que han caído muchos de estos pukaras responde a factores posteriores a su apogeo: la rápida transformación del paisaje tras la llegada incaica (que priorizó otros patrones arquitectónicos y administrativos), la despoblación colonial, el progresivo abandono de las alturas durante la República y, más recientemente, la concentración de la investigación arqueológica en los grandes complejos aldeanos de los valles (Ancopachani, Copaquilla, Belén, entre otros conocidos). Sin embargo, la fotointerpretación satelital, los relevamientos sistemáticos y el diálogo con las comunidades locales están permitiendo duplicar —y en algunos sectores triplicar— el registro conocido de estos sitios, revelando un patrón de poblamiento mucho más extendido y diversificado del que se pensaba: no solo aldeas nucleadas en los núcleos agrícolas, sino también decenas de estancias pastoriles, puestos de vigilancia y pequeños pukaras de menor escala que operaban como nodos complementarios en una red agropastoril de verticalidad económica.

En última instancia, los pukaras “olvidados” nos hablan de una sociedad que supo articular defensa, producción y circulación en un ambiente de alta variabilidad ecológica y, posiblemente, de competencia intercomunitaria durante el Intermedio Tardío. Más allá de su funcionalidad práctica, representan un símbolo perdurable de la determinación y el valor cultural de las comunidades de la sierra y las tierras bajas, que optaron por preservar su autonomía sin someterse demasiado a imposiciones foráneas, al tiempo que forjaban alianzas razonables e integraciones selectivas con vecinos más poderosos, como los señoríos aymaras del altiplano (Carangas, Pacajes).

Esta capacidad de equilibrar libertad y colaboración resuena profundamente en la identidad ariqueña contemporánea: evoca el grito que por décadas retumbó en actos cívicos y celebraciones —“¡**Arica, siempre Arica, siempre Arica hasta morir!**”—, una expresión de lealtad inquebrantable a su territorio que, aunque hoy parezca atenuada por corrientes culturales cambiantes, sigue latiendo en el paisaje y en la memoria colectiva como un eco de esa misma resiliencia ancestral.

El estudio de los pukaras no solo enriquece la comprensión del pasado prehispánico de la sierra de Arica y su vinculación con los señoríos aymaras del altiplano, sino que también interpela el presente: algunos de estos sitios siguen siendo parte del paisaje vivo de las comunidades altoandinas actuales, que mantienen memorias orales, prácticas ganaderas y una relación afectiva con esos “pueblos de piedra” que los antepasados dejaron en las cumbres. Recuperarlos del olvido no es solo una tarea arqueológica, sino también ética y patrimonial. Implica reconocer que la historia de Arica no se agota en la costa ni en los valles bajos, sino que se extiende hacia las alturas donde aún perviven, silenciosos pero elocuentes, los vestigios de quienes supieron habitar y defender uno de los gradientes ecológicos más extremos del continente. Preservarlos, estudiarlos en colaboración con las comunidades y darlos a conocer es, en definitiva, devolverles la voz que el tiempo y la distancia les habían quitado, y reavivar —en palabras y en piedra— esa vocación de ser “*Siempre Arica*”, con la dignidad y la razonable autonomía que merecen su gente y su tierra.

¡La lengua Aymara

Tanto las palabras quechua y aymara para designar a las respectivas etnias son producto de la confusión que complicó a los españoles cuando trataron de comprender a este mundo tan peculiar que estaban destruyendo. Los antecesores de los actuales aymaras nunca supieron que se llamaban así. Los incas los llamaban collas, hasta que en 1559 Polo de Ondegardo los denominó "aymaras" a partir de la información lingüística obtenida en el Collao de una pequeña colonia de mitimaes "quechuas", pero que habían incorporado el lenguaje local y que se denominaban aymaras y provenían de los alrededores de Cuzco. Así se llamó "en español" al idioma cuyo real nombre era *jaqi aru* (significando humanidad y lengua respectivamente) y después le aplicaron ese nombre a quienes hablaban ese idioma, quienes se llamaban a sí mismos *Jaqi*. Algo similar ocurrió con el quechua, cuyo nombre real es *runasimi* y significa algo parecido.

Pues llamemos aymaras a los *Jaqi*, pero hay una pregunta que me han hecho con frecuencia: **¿es Aimara o Aymara?** (pero sí que jamás aimará o aymará). Los *Jaqi* actuales prefieren "Aymara" pero en estricta esencia en castellano la palabra es Aimara pues se cambió la "y" del castellano arcaico de los cronistas por la "i" cuando los diptongos "vocal+y" no están al final de la palabra. O sea, seguimos escribiendo "Rey" pero ya no "Reyna". Pero hay varias razones para seguir usando la forma arcaica "Aymara": la principal es porque identifica actualmente a los *Jaqi* como ellos lo prefieren. Otra es porque es la forma más usada en las búsquedas de la "search engine" de este y otros textos de mi autoría, pero más importante que eso es porque otorga un muy bienvenido sello de identidad. O sea, si ya asimilaron que el nombre tiene un origen pervertido, ¿porqué aceptar todo lo que los Castellanos imponen? No es por nada que Méjico no existe pero sí hay un país grande que se llama México...

Tratando de clasificar los lenguajes de América, Greenberg define una familia idiomática "andino-ecuatorial". En una de sus sub-familias agrupa al quechua y al aymara, separándolos del uru-chipaya. La relación que existe entre ambos es difícil de delimitar. Los Incas, exponentes del quechua a la llegada de los españoles, provenían tal vez de los pukinas del Tiwanaku y probablemente llegaron al Cuzco hablando esa lengua entre los de la clase gobernante. Pero la lengua corriente en el Tiwanaku (y podría ser que también en el Imperio Wari) era un *jaqi* primitivo (proto-jaqi) y probablemente éste fue el lenguaje del ciudadano común incaico durante algún tiempo. Sin embargo, los incas fueron fuertemente influidos por los Chinchay de la costa (Pachakamaq), quienes hablaban el idioma que hoy se denomina quechua y podría ser que esto difundió el quechua hasta el punto de desplazar al proto-jaqi y no tardaría mucho en perderse el idioma especial de la clase privilegiada (¿pukina?). Es decir, en algún momento el estado incaico era trilingüe y la masa laboral, más o menos bilingüe. Allí se habrían generado las numerosas coincidencias superficiales entre el aymara (descendiente del proto-jaqi) y el quechua, aunque difieren en la profundidad de la estructura gramatical.

Las lenguas andino-ecuatorianas carecían de escritura bajada en grafemas, por lo que su "traducción" al alfabeto latino es bastante caótica. Aunque hay estándares definidos para el aymara, en diversos textos de expertos en materias no lingüísticas aparecen diferentes ortografías, usando, por ejemplo, la "c" en vez de la "k", la "q", la "qh" o la "ch", las que representan convenciones referentes a la pronunciación original. Para facilitar la lectura escribo *araj* en vez de *arax* porque así figura en textos de antropólogos eruditos pero no lingüistas (en realidad, la "x" se pronuncia como "jj"). También acepto castellanizar el plural con una s final, la cual no existe en el idioma quechua ni en el aymara (en el primero la pluralidad se consigue con el sufijo *kuna*, y en segundo con el sufijo *naka*, como en *patanaka*). En cambio, me resisto a escribir lo masculino como "urco" como lo hacen algunos sabios y me limito al *urqu*, porque el aymara tiene solo tres vocales: "a", "i", "u". No existe, curiosamente, un fonema para la "e" ni la "o". Además he omitido los acentos para los vocablos indígenas. Nótese que en aymara se acentúa vocalmente la penúltima sílaba: por eso es que no escribo aymará, pukará ni chungará, sino aymara, pukara y chungara.

Para facilitar la lectura a veces separaremos los componentes de una palabra que en aymara puede ser muy compleja. Escribiríamos, por ejemplo, *araj pacha* en vez de *arajpacha* y *uma suyu* en vez de *umasuyu* para enfatizar el concepto *pacha* y *suyu*, pero en aymara las palabras forman frases enteras. Por último, muchas veces escribo algunas palabras quechuas y aymaras "con faltas de ortografía", como "apacheta" en vez de "apachita", "Viracocha" en vez de "Wiraqucha", "quechua" en vez de "qishwa" o "qhishwa", "tojo-tojone" en vez de "tojo-tojoni" (**el sufijo es "ni"**) y otros ejemplos más complejos, para no complicar el texto. Hay, *de facto*, tantas maneras de escribir las palabras indígenas, que el lector puede confundirse. Lo que escribo como "Tiwanaku" o "Tiawanaku" aparece en muchos textos doctos como "Tiahuanaco". Los lingüistas dicen que debería escribirse como "Tiyawanaku", pero he preferido quitarle la "ya" porque hay evidencias de que los habitantes del lugar ya no la pronunciaban cuando llegaron los

españoles. Suma y sigue, porque el asunto se complica aun más con los dialectos y variaciones regionales. “Gracias” es “*yuspajara*” en algunas partes, pero “*yuspajarpa*” en nuestra sierra.

El único diccionario del aymara ariqueño que existe, no exento de controversias “ortográficas”, es el “Diccionario Práctico Bilingüe” de Manuel Mamani Mamani (Emelnor Norprint, Antofagasta, 2002). Allí se encuentra una breve descripción de las variaciones del idioma que existen aun en el reducido ámbito del norte de Chile. En general, utilizo la ortografía que allí se sugiere.

La frase aymara más célebre es *aruskipasipxañakaskipuniraskispawa*, la cual, según un lingüista, contiene 14 sufijos para decir “yo sé que es deseable y obligación de todos, incluyéndolos a Uds., que nos comuniquemos” o en buen castellano, “conviene dialogar”.

Dicen que es fácil aprender aymara, pero hay que dejar de pensar como caucásico parlante de un lenguaje de raíces indo-germanas. Por ejemplo, “*tawaqu*” es jovencita), “*naka*” es sufijo que implica pluralidad, “*ni*” es un sufijo que implica posesión y que puede perder la “i”, “*suma*” es hermosa, “*panqara*” es flor y “*pa*” es sufijo que implica cualidad: “las hermosas flores de las jovencitas” se diría (supongo) *tawaqunakan suma panqaranakapa*, aunque el segundo naka no se usaba antes y los viejos dirían *tawaqunakan suma panqarapa* o *tawaqun suma panqaranakapa*. Seguro que me equivoqué en más de algo, pero supongo que sirve para dar una idea de lo que es el aymara y expresar enfáticamente que hay muchas variantes que confunden. Lo mismo ocurre con el castellano latinoamericano: “maraco” en Chile es una expresión peyorativa de “gay”, pero en otro país del continente identifica al hijo menor. Es que ni el aymara ni el castellano ni supongo que ninguna lengua deja de tener palabras con significados en extremo diferentes. Y para enfatizar, veamos algo pervertido del francés, el verbo “baiser”: por analogía debiera traducirse como “besar” pero hoy implica una gestión sexual-genital y “besar” se dice “embrasser”, lo que esperaríamos que significara el más inocente vocablo “abrazar”. En definitiva, no se puede dominar a un idioma regional sin haberlo vivido presencialmente...

Felipe Guamán (o Huamán) Poma de Ayala (*Waman Puma* en quechua) escribe “*auca*” cuando hoy la convención sugiere *awqa* (guerra, conflicto, enemigo). A todo esto, agréguense las variaciones regionales del aymara, la introducción de términos quechuas durante la dominación incaica y la aplicación indebida de términos quechuas para designar conceptos que también eran propios de los *jaqi* y que tenían su propia nomenclatura en su *aru*. Aclaro, con pena, que no hablo aymara (*nayax aymara parltkiti*, ¿o sería más correcto decir *nayax janiwa aymara parltkiti*)...

iiCharcollo

Los Charcollo de la sierra representan una tradición altiplánica que coexistió con los yungas del valle durante el Intermedio Tardío. Su presencia y estilo cerámico influyeron en el surgimiento de la Cultura Arica, que se formó como síntesis entre aportes altiplánicos (Tiwanaku, Cabuza, Charcollo) y tradiciones locales (Maytas/Chiribaya). Los Charcollo se vinculan con poblaciones de la sierra, herederas de la tradición Tiwanaku.

La Cultura Arica no fue un desarrollo aislado, sino una convergencia de tradiciones locales y altiplánicas. Los Charcollo, como parte de esa red serrana, jugaron un papel clave en mantener la conexión con el altiplano y aportar elementos culturales que enriquecieron la identidad de Arica durante el Intermedio Tardío.

Su cerámica tosca con decoración burda de líneas rojas y puntos, se distingue de los estilos tiwanakotas clásicos y marca una manifestación temprana del “ariqueñismo” en altitudes elevadas, como en el vecindario de Ticnamar.

Los Charcollos aparecen en contextos serranos como cementerios (cerro Charcollo, en la ladera oriental de la quebrada de Oxa) y poblados (frente al anterior, en la ladera occidental), con tumbas cilíndricas semisubterráneas y recintos circulares, vinculados a una economía agropecuaria incipiente influida por Tiwanaku vía Moquegua.

Sitios como Huaihuarani (cerca de Belén) y Laco Alto (cerca de Chapiquiña) presentan cerámica Charcollo junto a estilos Arica tardíos, confirmando su rol como expresión serrana temprana del ariqueñismo (ca. 650 d.C.). En estos sitios coexisten con cerámicas altiplánicas (Chilpe) y costeras sofisticadas (San Miguel, Pocoma), indicando redes de intercambio vertical.

iiiMit'a

Implica un trabajo no remunerado de la plebe en bien de la estructura imperial o dominante, como en el caso del contingente que una comunidad debía aportar para el trabajo de las minas durante el dominio de los españoles.

En un sentido más amplio, el *mitmaq* involucra el ingenioso y eficiente procedimiento de desplazar poblaciones o grupos de individuos (*mitmakuna* en quechua) desde su lugar de origen a tierras lejanas, con fines de colonización, explotación de recursos no disponibles en el centro administrativo, defensa de fronteras conflictivas, etc. En el Colesuyu (altiplano boliviano y el norte de Chile), los Inkas integraron activamente a grupos aimaras como Pacajes, Carangas y Lupacas, quienes ya tenían tradiciones propias de chullpas, cerámica y manejo vertical de recursos.

La práctica ya era común en el imperio Wari, quienes desplazaban a andinos cultivadores de papas a territorios bajos para proveerse de maíz. Pero los incas fueron quienes la explotaron en forma masiva y más eficiente, a menudo seleccionando grupos conflictivos quienes, al ser desplazados de sus lugares de origen e implantados entre etnias diferentes, perdían poder. Pero no siempre implicaba un castigo, sino que a menudo obedecía a la conveniencia de la estructura estatal, como ocurrió en el valle de Cochabamba, cuyos habitantes fueron desplazados a otros lugares con fines de explotación de esos territorios y el valle fue colonizado por mitimaes que para el Imperio Inka eran más confiables, en un territorio permanentemente amenazado por invasores amazónicos.

Pero nada es tan simple en el Mundo Andino. Algunos *mitmakunas* incaicos pasaban a ser sólo colonos controlados por el imperio y quedaban desconectados de sus organizaciones sociales originales, contribuyendo a enredar aún más el mosaico étnico del Tawantinsuyu. Otros conservaban su relación con sus orígenes y obedecían a las estructuras jerárquicas de éste, lo que se ha denominado "*mitmakuna* étnicos" o "*llactaruna*".

Antes de los incas, los *mitmakuna* trabajaban para su propia etnia, obteniendo recursos en tierras lejanas a las que ésta no tenía acceso directo, siguiendo el patrón de ocupación simultánea de múltiples nichos ecológicos que es propio del Mundo Andino